

Yo no sé si el poeta moro escribiría con intención y á la nuestra, estos versos. En su fisonomía inteligente la ancianidad sonreía con maliciosa resignación.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXVI (1)

Señoras y señores:

Si yo creyera que habíais tomado en serio el anuncio de esta, que mal puede llamarse conferencia, ni lección, ni disertación, y no ha de ser más que una charla veraniega, apropiada al lugar y al tiempo, no sabría cómo disculparme antes de empezar, ni cómo pedir os perdón al haber terminado sin deciros cosa de provecho. ¡ Ahí es nada! ¡ El arte de escribir! Toda una vida de escritor sólo puede mostrarnos las dificultades de ese arte, que ni se aprende ni se enseña, por lo menos con reglas fijas.

Cuentan de un señorón adinerado, que al recibir en su casa á un glorioso poeta, con esa osadía que da el dinero, le preguntó: «Dígame usted: ¿Es muy difícil ser poe-

(1) Discurso leído en la fiesta que dió el *Mundo Gráfico* á beneficio de los soldados heridos en campaña.

ta?» Y el poeta le contestó sencillamente: «¡Oh, señor! O es muy fácil ó es imposible.»

De todo arte, del arte de escribir, por lo tanto, puede asegurarse lo mismo. O es muy fácil ó es imposible.

¿Quiere esto decir que el estudio no sirva de nada, que el arte sea un don ajeno á todo esfuerzo, á toda voluntad; que el verdadero artista sea inconsciente y en su obra se limite á ser instrumento, poco menos material que los materiales, y como dice la Escritura: «La voz sea de Jacob; pero la mano de Esaú»?

Cierto que, sin ser fatalistas, es preciso creer en una predestinación. Basta leer la vida de los grandes hombres de la Humanidad, basta con observar nuestra propia vida para comprender cómo hay en toda criatura una predisposición natural que le inclina, sin forzarle, como dicen los teólogos, hacia una dirección espiritual determinada, y cómo hasta los sucesos de nuestra vida que más parecen apartarnos de nuestro camino, al fin vienen á ser como atajos de ventaja, y sin ellos veríamos que algo falta-

ba á nuestra vida y no hubiéramos llegado tan seguros y tan experimentados al derecho camino de nuestro propósito.

Sin esta inclinación natural, sin esta predestinación, ¿comprenderíamos el ejercicio de algunas profesiones necesarias á la soberana armonía del mundo? Si por libre elección procediéramos, todos elegiríamos las profesiones más brillantes.

Ved una orquesta, por ejemplo; todos comprenderéis que haya quien sea director, hasta violín, lleguemos hasta el clarinete; ¡pero el bombo y los platillos!, ¿quien comprende que puedan tocarse sin una predestinación irresistible? Y no obstante, como es preciso que haya bombo y platillos para el perfecto conjunto instrumental, admiremos la sabiduría infinita que no inclinó á todos los hombres al violín ó la batuta. ¡Y desgraciados los pueblos en que todos quieren ser directores de orquesta!

Que sobre la natural predisposición es preciso el estudio, ¿quién lo duda? No creáis nunca en eso que llaman inspiración. Hay artistas que prefieren pasar por geniales á pasar por estudiosos. Quieren dar á sus

obras la importancia de lo sobrenatural: «Yo no he estudiado nada — afirman; — yo no sé cómo escribo, yo no sé cómo pinto..» No lo creáis; son coqueterías de artista. Alguien dijo que el genio era una gran paciencia; yo me atrevería á decir que el genio es siempre el premio de un gran trabajo.

Ahora que, el trabajo del artista, es muchas veces lo más parecido á la holganza. El artista pasea, el artista está tumbado, el artista fuma ó saborea una taza de café; el artista, al parecer, no hace nada. Los que andan como azacanes por la vida en trabajos de actividad material, pasan por delante de él y sonríen despectivos: ¡Que buena vida! El artista, tal vez pudoroso, ¿como convencerá al afanado de que aquel su holgar es trabajo contra la vulgar opinión?— ¿No se hace nada?—¡Phs! Ya lo ve usted; nada.—Pero en esos aparentes ocios fueron engendradas las grandes obras del espíritu; porque todo es trabajo para el artista, siempre en actividad su conciencia, siempre al atisbo su percepción, siempre vibrantes sus nervios... tan vibrantes, que muchas veces saltan y se quiebran y en vez del bien tem-

plado acorde y la dulce armonía, es el desgarrado desconcierto de la locura ó es el silencio pavoroso de la muerte. ¡El arte de escribir! El más perfecto sería el que llegara á comunicar esa exaltación de nuestro espíritu sin necesidad de expresarnos con palabras.

Escribir es una limitación, como lo es toda obra, como lo es todo lo creado. Sí; la creación es una resta del infinito; como toda obra es una resta del espíritu creador del artista. Por eso, lo mejor de una obra no es lo que está en ella, sino lo que de ella se escapa para ir á sumarse al espíritu infinito.

Ved, pues, si es difícil espiritualizar materializando. Y eso es la obra del escritor y eso es la creación. Somos los hombres como vasos en que fué recogida un poco de agua de un mar espiritual infinito. El mar se ignoraba en su infinidad y quiso conocerse, ganar conciencia así limitado. Nuestra labor espiritual no es otra cosa: reintegrar una conciencia á lo infinito inconsciente.

A pesar mío, he hablado demasiado en serio. La ocasión que aquí me trajo á interrumpir por unos instantes el grato esparci-

miento de esta noche, era para mí seguridad de vuestra benevolencia.

Yo sí quisiera, en esta noche, poseer absoluto dominio del arte de escribir para unir todos los corazones españoles en un solo sentimiento de amor á nuestros hermanos. El nos juntó aquí esta noche, y por la expresión de este material sentimiento hasta sería ofensa daros las gracias.

Esperemos que esta fiesta de amor sea el precedente de otras muchás en este verano en San Sebastián, en las playas y balnearios donde la gente adinerada se esparce y se divierte. Olvidarnos de los que luchan y mueren por España, sería criminal. Cuando allí se cumplen deberes penosos, ¿olvidaremos nosotros los más fáciles? Ved que para el triunfo glorioso de España en tan difícil empresa, si mucho importa que nosotros confiemos en los que allá combaten, importa más que ellos confien en los que aquí quedamos. Al ¡alerta! de aquellos campamentos en tierra extraña ha de responder el ¡alerta está! de la tierra española. Sólo así comprenderán nuestros hermanos que donde ellos están está con ellos toda España.

XXXVII ⁽¹⁾

Si esta fiesta, queridos niños míos, solo significase una lección aprendida en la escuela, poco significaría en verdad. No aprendida por vuestra inteligencia, prendida en vuestro corazón la quisiera yo para siempre; no por razonamientos de necesaria cultura y menos de provechosa utilidad, sino por sentimiento muy íntimo, muy hondo, por efusión de simpatía, por amor, en una palabra: aquella misma llamarada de amor en que se ardía el corazón de San Francisco, el serafín de Asís, cuando cantaba á todas las criaturas de Dios como á hermanos: Hermano sol, hermana agua, hermano lobo, hasta la hermana muerte; el mismo amor que se eleva en aquella sublime plegaria del Buda: ¡Dios mío, evitad el dolor á cuanto existe!

(1) Leído en la ciudad de Valladolid en una fiesta de los pájaros.

Si esta fiesta solo significa una pública exhibición, algo como un examen bien preparado de una asignatura, nada valdría, os digo. No valdría más que esas ruidosas hazñas guerreras de tambores y trompetería, que con ser mucho en la historia de los pueblos son muy poco en su vida. Los héroes de la vida son muy otros que los reyes y los guerreros de la Historia; son los trabajadores del telar, de la aguja, los inventores humildes, que ni un nombre dejaron.

Si hoy diéseis suelta á estos pajarillos y mañana en casa atormentárais al gato y al perro, y al otro día en el jardín ó en el campo, os dedicarais á sorprender nidos y á destrozar árboles y flores, ¿qué valdría esta fiesta?

No es que yo desconfíe de vosotros, queridos niños; aunque muy graves sabios aseguran que sois de mala condición por lo general, esos sabios no os conocen bien, porque sólo os han estudiado como hombres de ciencia, y á vosotros hay que estudiaros con el corazón. Yo sé que los buenos sentimientos son naturales en vosotros, que vuestro corazón está siempre abierto á la generosi-

dad, que en vuestro espíritu alienta la más clara idea de justicia; pero sé también que los hombres, cuando no con palabras y obras, con obras que desmienten á cada paso sus palabras, os enseñan muy pronto la mentira, la crueldad, la desconfianza. Y no sé yo qué sea peor, si malas palabras y malas obras de acuerdo, ó buenas palabras en contradicción con las malas obras; aun es más perturbador, más dañoso este desacuerdo.

¿Qué importa que digamos al niño: no se debe mentir nunca, si el niño ve y observa y comprende que nosotros mentimos siempre que nos conviene y á él mismo le engañamos muchas veces por comodidad nuestra?

¿Qué importa que le digamos: hay que ser afable con todo el mundo, si él nos ve descompuestos y groseros con los criados, con la familia, con él mismo, con enojo desproporcionado, más cuando una travesura suya inocente nos molesta que cuando una verdadera manifestación de peligrosa maldad no llega á molestarnos?

¿Y creéis que los niños no se percatan

muy pronto de todas estas contradicciones nuestras? ¿Creeis que todo ello no va librando en su espíritu recelos, hipocresía y rencores?

Por todo esto me atrevo yo á dudar de la eficacia de esta fiesta. Si hoy los niños dan suelta á los pájaros y mañana los padres van á los toros, ¿á qué lección se inclinará su espíritu?

Palabras buenas nos llegan de todas partes; pero ¿de dónde vendrá el ejemplo? Y en la educación sólo el ejemplo es eficaz y sólo él tiene virtud de imprimir bueno ó malo en las almas.

Ya lo dijo San Juan de la Cruz: más vale predicador de pocas letras, pero de ejemplares costumbres, que muy sabio en letras humanas y divinas y de mal arreglada conducta.

No lo que nos dijeron padres y maestros, lo que en ellos vimos es lo que quedó para siempre grabado en nuestra inteligencia y en nuestro corazón. Por eso la escuela sin la cooperación del hogar nada valdría: casa y escuela ha de ser como un solo templo con un solo culto: el alma del niño.

Con palabras y con ejemplos es preciso educar la sensibilidad del niño, despertar su simpatía por cuanto existe y vive á su alrededor. Los españoles carecemos de ese precioso don de la simpatía, que es comprenderlo y amarlo todo. Si en lo geográfico somos una península, en lo espiritual somos un archipiélago. Separados unos de otros como islas espirituales. Somos hoscos y duros, y toda la vida española adolece de esta sequedad de nuestro espíritu.

Somos pobres y nuestra vida es dura; como la vida es cruel con nosotros, nosotros somos también duros y crueles. Y es que cuando somos crueles con los demás, es que alguien fué antes cruel con nosotros. Sólo muy altos y nobles espíritus saben volver el dolor en bondad y en dulzura.

La historia nos lo dice: los reyes que dejaron nombres de sanguinarios y de crueles, fueron los que antes de reinar tuvieron que soportar penurias y afrentas: tal fué el caso de Nerón en Roma, de Don Pedro llamado el Cruel en España. En cambio, los que se criaron entre halagos y blanduras, sin que nadie les afrentara ni persiguiera,

fueron de condición apacible y magnánima: tales San Luis de Francia y San Fernando de España, educados por aquellas dos nobles reinas de Castilla, Doña Blanca y Doña Berenguela, de eterno ejemplo como madres y reinas.

Yo sé que muchos son en España los que en nombre de un mal entendido casticismo preconizan esta dureza nuestra como una preciosa virtud. Juzgan que si fuéramos blandos de condición, acaso perderíamos en virilidad. Nunca fueron á mi entender muy varoniles virtudes la crueldad y la destemplanza. Mejor sienta al varón fuerte la noble continencia y la apacible gravedad. Ni la dulzura de costumbres debilita á los pueblos, antes por ser más amable la vida será en ellos también más firme el amor patrio.

De los descontentos y los mal hallados salen los traidores y los malos patriotas, y en verdad que gran virtud es preciso para amar lo que no es amable.

Una patria en que todos fueran dichosos, ¿cómo no había de defenderse con mayor entusiasmo que una patria en que nadie se hallara á gusto?

Meditad sobre la significación de esta fiesta. Al llegar á un pueblo no hay que conocer á sus sabios, ni á sus artistas, ni su riqueza, ni su poderío para apreciar su grado de educación y de bienestar; basta con muy poco. Pueblo en que veáis que los pájaros no huyen espantados al acercarse un niño; pueblo en que veáis que los gatos, esos mansos gatos que se tienden al sol en las puertas de calle, no huyen como escaldados y escarmentados cuando niños y mozalbetes se les acercan; pueblo en que sobre las más pobres tapias se alza la frescura frondosa de unos árboles y en las ventanas sonrían como saludo de paz las macetas floridas, bien cuidadas, como á caricias de manos de mujer, bien puede asegurarse que es un pueblo culto, de dulces costumbres, un pueblo dichoso.

Queridos niños, vosotros sois el sol de mañana: que ese sol brille más glorioso en nuestro cielo que aquel otro de nuestras grandezas, cuando el sol no se ocultaba nunca en los dominios de España.

Para mostrarnos cómo no puede haber paz en el alma de los malvados, como aun al verlos triunfantes y en apariencia dichosos, no por eso debemos desconfiar de la eterna justicia, dice un Santo Padre de la Iglesia: «En la conciencia del malvado hay siempre algo que tiembla». Sí, es verdad...; pero también para los buenos, para los justos hay algo que tiembla siempre. Ved; es un día feliz en la familia, tal vez se celebra un santo, una fecha venturosa, más unidos que nunca los corazones, padres, hijos, allegados... todos respiran esa confianza mutua, ese enlace de unas almas con otras, probadas en alegrías y dolores compartidos á todas horas... el corazón de cada uno engrana en el corazón de los otros, como una piedra en sólido edificio... el edificio familiar; ¡ la

(1) Leído en una función á beneficio del Montepío para médicos.

familia! Nuestro pequeño mundo, en que nunca pesa sobre nosotros la angustia de sentirnos abandonados, como Robinsón en su isla, ni la tristeza de sentirnos perdidos, dispersos en la multitud del mundo grande, indiferente, hostil, acaso... Es la hora de la comida; la familia modesta, parte de su pan de comunión, bendito por el trabajo honrado. En el silencio hay más efusiva cordialidad que en las palabras. Los pequeños ríen alborozados.

Los padres sin mirarse se miran en sus hijos... De pronto la mirada del padre se nubla de tristeza, un pensamiento triste ha pasado por su frente, ha estrujado su corazón. Sí, también en el alma de los buenos hay algo que tiembla, como en el alma de los malvados. El amor de los suyos. Si yo me muero, ha pensado el padre, ¿qué será de estos hijos? ¿Quién podrá darles esta alegría de ahora? Y en la desolación de su alma, los ve con hambre, con frío, como esas criaturas de la calle que estremecieron tantas veces su corazón de padre, tanto de compasión por ellos como de egoísmo por los suyos... las criaturas que piden limosna,

que venden periódicos, la mozuela desvergonzada, víctima de hombres soeces... el ladronzuelo conducido entre guardias á empellones... Todo eso puede ser de sus hijos, de aquellas criaturas que ahora son tan felices con tan poco, con la alegría de estar juntos, de compartir con amor aquella comida de bendición... alegrada por alguna golosina de extraordinario... Y el padre tiembla y palidece, y cuanto más ríen los hijos más le cuesta contener el llanto que desborda en su corazón.

—¿Qué te pasa?—le pregunta la esposa, que advirtió pronto la cerrazón de su alma.

—Nada, mujer. ¿Qué quieres que me pase?

Pero ella lo sabe, porque también ha pensado lo mismo muchas veces... sólo que la mujer, cuando piensa en la muerte, piensa en Dios antes, y ella está segura, porque así se lo ha pedido á Dios muchas veces... de que el padre no les faltará nunca, porque ella le pide á Dios todos los días que de morirle alguno sea ella... ¡Yo no les hago tanta falta! Sólo las madres saben ofrecer así su vida en el recogimiento de sus rezos, sólo

ella, por amor á sus hijos, llega á creer que no les hacen tanta falta en el mundo como los padres...

¡ Bendita institución esta, que para socorro de viudas y huérfanos de médicos algún consuelo será en la vida de los que apenas logran con su trabajo la seguridad del día de hoy, siempre angustiada por la incertidumbre del mañana!

Penosa profesión es siempre la medicina, aun para los que logran cumplida recompensa. No se comprende sin vocación tan decidida como la del sacerdocio. Consagrarse al dolor... luchar contra la muerte... enemigo que cuando huye parece que no hubo mérito en vencerle, y cuando se vence siempre deja lugar á la sospecha de que faltó el acierto en combatirlo.

Juzga la vulgar opinión que los médicos, en fuerza de frecuentar el dolor, tienen embotada la sensibilidad... A pocos médicos han conocido en la intimidad los que así juzgan. Yo sé de médicos que han llorado por muchos niños las lágrimas que no lloraba alguna madre indigna de serlo; yo sé de algunos médicos que han salvado con

abnegación á muchos enfermos del abandono de familias despreocupadas, yo sé de muchos médicos que han muerto sin enfermedad, sin saber de qué... del corazón, certificaba otro médico, más bien por convencimiento íntimo que por diagnóstico seguro... Lo que sucede es que el médico, cuando nadie ve llegar á la muerte, cuando todos sonríen á su alrededor confiados, es el único que no puede llorar todavía, y cuando todos lloran porque la ven llegar implacable, es el único que ha de sonreír hasta el supremo instante... interponiéndose con fingida calma entre los ojos espantados del moribundo y la negrura insondable de la muerte.

Pues estos hombres que pasan sonrientes como la esperanza, entre todos los dolores y males de la tierra no pensaron apenas en el dolor de los suyos. Ellos que saben como nadie, que esa crueldad del sentimiento egoísta, cuando al llorar la pérdida de un ser querido hace pensar con animal instinto:

¡ En qué situación hemos quedado! Ellos que saben la brutalidad de la frase: El muerto se lleva la llave de la despensa. Realidad más descarnada que la misma muerte,

consideración brutal que parece como si rebajara el sentimiento del alma al grito de la animalidad; ellos no habían pensado nunca en los suyos para evitarles este dolor vergonzoso...

Pues es preciso que, unidos todos, los predilectos de la ciencia y de la fortuna con los humildes sea desde hoy tranquilidad de todos y honra de la clase el que vuestras esposas, vuestros hijos, no tengan que añadir á un dolor del alma el dolor del hambre. Que el padre trabajador y honrado no se lleve al morir la llave de la despensa. Que esas palabras crueles, sólo justificadas por la crueldad de la vida, no vuelvan á oirse en duelos familiares.

Es mala disculpa de nuestra indiferencia ante los males exclamar resignados: ¡La vida es así! ¡Cosas de la vida!

Hay un espíritu en nosotros que nada valdría si no fuera capaz de sobreponerse á los males del mundo.

Tened en cuenta que la mayor seguridad de que hay una Justicia y una Bondad infinitas está en que nuestro espíritu las comprenda y las desea, y que en nosotros hay

poder para realizarlas, poder que Dios bendice desde el cielo, cuando cantan sus ángeles: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad».



Señoras y señores :

Fuera descortesía solicitar vuestra benevolencia. Al haberme designado para ocupar este puesto de honor, ya os anticipásteis á ofrecerme algo más: un cariño, al que sabré corresponder con toda la gratitud de mi alma, y una admiración, á la que ya no puedo aseguraros si sabré corresponder del mismo modo. Y, no por vanidad propia, creedme, para contento vuestro, hoy más que nunca quisiera corresponder á ella. Mas si en algo habíais de ser defraudados, antes prefiero que lo seáis por mi entendimiento que por mi corazón. Si el verdadero cariño es el que más perdona, y el más verdadero el que ni aun se cree en el caso de perdonar, porque ni advierte si hubo falta, ma-

(1) Discurso de D. Jacinto Benavente. 11 de Mayo de 1911. En los Juegos Florales de Badajoz.

yor será mi agradecimiento cuanto más creyo en conciencia que mucho habéis tenido que perdonarme; como perdona el noble, por natural nobleza, sin darme á entender siquiera cuanto habéis tenido que perdonar. En ocasiones como esta, os sentísteis entusiasmados y conmovidos por la palabra de elocuentes oradores; la palabra vibrante, con todo el calor del sentimiento, con toda la gracia de la espontaneidad. Hoy la palabra escrita llegará á vosotros apagada y descolorida. Hay de la elocuencia del orador, corriente de agua saltadora y libre, á estas mansas aguas aprisionadas, de la palabra escrita, la diferencia que hay, entre enamorados, de la declaración de amor trémula, que va de la boca al oído, mejor diré, de boca á boca, á la carta en que el amor se declara, con palabras muy comedidas, muy respetuosas, porque no están delante, al escribirlas, los ojos que niegan ó conceden licencia para mayor atrevimiento. Y, menos mal, si aunque cortés y fría, aun indica, por su misma timidez, la verdad del sentimiento, peor, si con frialdades retóricas, que quieren parecer apasionadas, dice bien claro

que fué copiada de alguna novela ó más vulgarmente del secretario de los amantes. Yo no soy orador, ni soy elocuente. Aquí me tenéis con mi carta de enamorado tímido. Las hermosas jóvenes que me escuchan comprenderán mejor que nadie la verdad de esta comparación entre oradores y escritores. Habéis tenido novios orales y escritos. Porque habréis tenido más de un novio. No temáis que descubra aquí vuestro secreto. Las mamás no escuchan. Las mamás no escuchan nunca; sólo miran. ¿No lo habéis observado? Al despedirse algún rendido galán de ingeniosa charla, cuando las jóvenes encantadas dicen: ¡Es muy simpático!, cómo las mamás solo advierten: lleva muy rozados los puños ó tuerce los tacones. Es que las jóvenes escuchan hasta con los ojos; las mamás no escuchan, miran siempre, hasta cuando parece que leen un periódico ó que duermen. Y ¡qué bien hacen en mirar mientras escucháis vosotras! Porque su triste experiencia ve más lejos, porque el matrimonio de mañana y la vida de todos los días, tienen más relación con los puños rozados y los tacones torcidos que con las pa-

labras seductoras, eterna letra sin sentido, de esa divina música del amor, con que la vida se burla eternamente, sin vencerlos nunca, del eterno dolor y de la eterna muerte. Pensaréis: ya pareció el escéptico, el ironista. Mal sientan ironías y escepticismo en fiesta de amor y poesía. Pero el escepticismo no es negación absoluta, es duda y nadie duda de una verdad aparente, si no lleva en lo más profundo de su alma el sentimiento íntimo, la limpia imagen de la verdad verdadera y con ella de lo que es bueno, y es bello, y es justo, y es noble, y es grande. El escepticismo es comparación y, naturalmente, todos los que quieren engañarnos quisieran que no hubiera comparaciones, que no fuéramos escépticos. Ya lo creo... ¡Qué ganga para los falsificadores de moneda si no hubiera moneda legítima para confrontarla...! Nunca veréis que el verdadero creyente se escandalice porque haya quien no crea santidad la hipocresía de muchos devotos por conveniencia. Nunca veréis que la verdadera caridad se alarme porque no tomemos en serio esas funciones y esas rifas benéficas organizadas por alguna Junta de

señoras aristocráticas; esa caridad que no cuesta mayor sacrificio que enviar unas circulares á los amigos, lucir un lindo traje y leer después la revista de algún cronista de salones—acaso éste sea el mayor sacrificio—donde á vuelta de adjetivarlas á todas muy primorosamente, el propio cronista, con guante blanco y llave de aluminio, les abre de par en par las puertas del cielo. Pues á no creer en cosas como éstas se llama escepticismo. En cuanto á la ironía ¿qué es la ironía sino la bondad en la indignación? Vamos á indignarnos y nos entristecemos tanto que acabamos por compadecer y ni queremos entristecer compadecidos. Y así es la ironía... una tristeza que no quiere llorar... y sonríe... porque compadece y perdona. El escepticismo y la ironía son alas también del ideal, que, si no sirven para elevarnos á grandes alturas, como la fe y el entusiasmo, sirven para no tocar demasiado bajo en la tierra cuando á la realidad hemos de acercarnos. Pero, ¡no creer en nada! Eso sólo es posible cuando hemos dejado de creer en nosotros mismos. Cuando nada bueno hallamos en nosotros, es cuando pode-

mos decir: todo es malo; porque es nuestra alma como nuestros ojos, que al asomarse á otros ojos lo primero que en ellos vemos es nuestra propia imagen... Pero el bien existe mientras el sentimiento del bien esté en nosotros, aunque no seamos capaces de realizarlo por imperfección de nuestra voluntad. El amor existe mientras seamos capaces de amar, aunque nadie nos ame. La verdad es, mientras nuestra razón no llegue á persuadirse de que son verdades, todas las mentiras con que nuestros intereses y nuestras pasiones y nuestras cobardías procuran engañar á nuestra conciencia. En nosotros está nuestra vida y está nuestra muerte y está lo que más importa, nuestra eternidad, siempre que nuestra conciencia esté sobre todo. No hay que pedir fuera de nosotros mismos esa satisfacción del premio y del castigo, buena para desenlazar melodramas y folletines. Ved, en las grandes tragedias de Shakespeare, la más amplia concepción de la humanidad que produjo el arte. En ellas, como en la vida, el dolor, que pudiera parecer castigo, cae por igual sobre los buenos y los malos, con más

ciega fatalidad que en la tragedia griega. El poeta mismo, tal vez espantado de no percibir en la tierra un resplandor de justicia divina, llega á exclamar: Como las moscas para los chicuelos traviosos, somos los hombres para los dioses; nos matan por divertirse... Pero él sabe que sobre el terrible juego de los dioses, si eso fuera, está siempre la idea de justicia en nuestra conciencia, más alta que los mismos dioses. Cuando envueltos en la misma trama de maldades mueren con muerte violenta el infame Yago, el apasionado Otelo, Desdémona sin culpa; aunque la fatalidad del destino sea para los tres dolor y muerte, ¿no es verdad que nuestra conciencia basta para decirnos, aunque el poeta no lo diga, que es infierno y condenación la muerte para Yago, el que solo vivió para su egoísmo, y es muerte animal, muerte de fiera, la de Otelo, el que amaba mucho pero no amaba bien, porque sólo amó por instinto, y es gloriosa la muerte de Desdémona, la inocente, la que culpada no supo hallar más que sencillas disculpas porque las razones de la virtud son sencillas siempre? Y de los

tres, aunque solo Yago, por crueldad del poeta, hubiera sobrevivido y triunfado de todos... ¿Quién quisiera ser Yago? No hay víctima inocente que quiera cambiarse al sucumbir por su verdugo triunfante. El que hace bien ni sabe decir por qué lo hace; el que hace mal, ved cómo busca explicación á su conducta; más que convencernos necesita convencerse á sí mismo de que hizo bien, tan cierto está de que hizo mal. Y es que toda la maldad de los malos quizás llegara á suprimir el bien sobre la tierra, pero no la justicia. Cuando todos los buenos fueran desdichados, no habría un solo malvado que fuera dichoso. El mundo moral está regido por rigurosas leyes mercantiles; todo valor recibido representa el mismo valor abonado. Tal vez recibimos mal por bien, bien por mal de quien no lo esperábamos. Es que el bien y el mal que hicimos son créditos transferibles; cobramos ó pagamos unos por otros, pero al cabo de cierto tiempo todo está satisfecho. Vuelve el mal al mal, el bien al bien; la moneda tal vez es distinta, el valor es el mismo. El malvado parece hombre dichoso, está alegre...

No os engañéis. Impunes todos sus delitos que *escaparon* á las leyes humanas, absuelto por todas las indulgencias, ó descreído de la justicia de los hombres como de la justicia de Dios, sin temor á nada ni á nadie, hay siempre en el fondo algo que tiembla... En la mayor tristeza del justo, abrumado de todos los males, sobre todas las negruras que pudieran obscurecer su conciencia, hay siempre una serenidad de cielo, que ya sería el cielo aunque otro cielo no existiera... Es tan mezquina nuestra idea de la eternidad, que no podemos concebirla sin que de ella forme parte lo que más nuestro nos parece, por sentirlo más cerca de nosotros. Esto es, nosotros mismos; esta mezquindad, esta limitación que es nuestra persona, un nombre propio, una percepción reducida en una reducción del tiempo y del espacio. Esperamos que la otra vida sea... casi como esta vida, otra vez nuestra vida; un lugar de reunión en que hemos de saludar á la familia y á los amigos por sus nombres y aun hemos de continuar murmurando de sus asuntos y preocupándonos por nuestros negocios. ¿Qué eternidad sería esta?

Eternidad es no saber de nosotros mismos; porque la eternidad no es material ganancia. La riqueza de nuestra vida no será lo que hayamos atesorado, sino lo que hayamos repartido. Vivirá de nosotros lo que de nosotros hayamos dado; más se encontrará de nosotros cuanto más hayamos perdido. Y ¿cómo hemos de entregarnos, cómo hemos de perdernos? ¿Dónde hallaremos nuestra eternidad, que por serlo del todo, ni podremos decir que es nuestra? En el amor y solo por el amor. Religión, Ciencia y Poesía; los tres más claros luminaires de nuestro espíritu, nos esclarecen el camino del Bien, de la Verdad, de la Belleza, que es el camino de la eternidad del espíritu. Amar inmensamente, amar infinitamente: ascender por escala de amor desde el instinto á la inteligencia, de la inteligencia á la divinidad. Hablemos sólo de la poesía... Sabio es el lema radicional de su torneo: Fe, Patria, Amor. Amor todo. Amor, primero instinto; forma ya menos egoísta del instinto de conservación, del miedo á la muerte, de su instintivo horror en toda criatura... Siente el hombre que ha de mo-

rir y siente la necesidad de prolongar su existencia en la prole, carne de su carne, vida de su vida. El amor es todavía instinto... Después, siente que la conservación de la prole le impone sacrificios, ha de defender á sus hijos, ha de cuidarlos... Empieza el deber. Este deber se limita á la familia, todo lo más á la tribu... los otros hombres son... el enemigo, el extraño... Pero el estado de lucha no puede ser constante... Se pacta con la tribu vecina, tal vez para combatir contra otra tribu más fuerte, tal vez porque la paz permita el trabajo del campo, la quietud doméstica. Empieza la amistad. El hombre, por su propio interés, se desinteresa ya en algo de sí propio y de los suyos. Y al acercarse al extraño, que fué su enemigo, tal vez se encuentra en él, porque el extraño también tiene hijos, también los cuida y los defiende. Y empieza la simpatía, y tras la simpatía, que es amor, la inteligencia. Sí; tan una es la inteligencia con el corazón que no podremos nunca entender lo que no hemos sentido. Una vida de estudios y de meditaciones no dará tanta luz á nuestra inteligencia como una hora de

amor. Cuántas veces nos sucede sentir por alguien una antipatía invencible. Fulano es un ser odioso, insoportable; le oímos hablar y sentimos la necesidad de llevarle la contraria, por poco le mataríamos. Y aquel hombre odioso, antipático, llega un día á nosotros con cara triste; habla de sus penas, tal vez perdió á su madre, tal vez á su hijo, tal vez fué víctima de una crueldad, de una injusticia de los hombres. Ya le escuchamos conmovidos; aquel hombre es un hombre como nosotros, aquella pena ha sido nuestra alguna vez, puede volver á serlo, no es una pena extraña, es una pena de nuestro prójimo. Ya no parece aquel hombre tan odioso ni tan antipático, ya es nuestro odio lo que nos parece injustificado. Y así todo se entiende cuando la simpatía nos acerca... La virtud y sus más altos heroísmos, como el vicio y el crimen. Hay en todo ello algo humano que puede ser también nuestro. Para el amor no hay nada extraño ni nada incomprendible. Yo he oído á una desdichada mujer, amante de un verdadero monstruo, un criminal rematado de presidio: Me dicen todos por qué quiero á este hombre tan

malo; pues porque para mí no lo es, y si es malo para todos y para mí no, señal de que á mí me quiere más que á nadie en el mundo. Y era verdad, solo que ella equivocaba la razón de su cariño; porque aquel hombre también era malo para ella, pero era ella quien le quería más que nadie en el mundo, y aquel amor de mujer era bastante para vestir de luz el alma del criminal, como de luz resplandecían las llagas de los leprosos al posarse en ellas las manos de azucena de la Santa Reina Isabel de Hungría. Milagros del amor, acaricie leprosos ó criminales; milagros del amor, sobre todas las miserias del alma. Nunca tuvo más hermoso gesto el Cid Castellano, que al tender la mano sin guantelete al lazarino hundido en el fangal. Como esa mano entonces y tantas manos de mujeres divinas y de santos gloriosos, fueron las que vistieron en la Edad Media las armaduras de sayales, los sayales de armaduras, en aquella empresa de bárbara grandeza, que fueron las cruzadas y el incesante guerrear de los cristianos contra los infieles. Y ved también cómo lo que empezó en odio y en guerra, fué origen

de civilización y de tolerancia, que si el Occidente y el Oriente guerrearon, también se conocieron y también llegaron á amarse y los poetas cristianos cantaron gentilezas y amores y bizarrías de los infieles, y los poetas orientales hazañas milagrosas, noblezas de corazón de los cristianos. Y sobre el sentimiento de Patria y el de Religión, surgió el de Humanidad... Y prendiendo sus alas de luz en el espaldar de las corazas, el espíritu alboreaba... Aun alborea. No hay que desesperar porque tarde en brillar el día. ¿Qué importa la tardanza de siglos en las auroras del Espíritu si amanece para la Eternidad? El amor á la Patria es primero instinto también, es el amor á la tierra, al campo que el hombre labra con su trabajo; la Patria es la parte de tierra necesaria á la subsistencia del hombre y de la prole, es el terreno en que ha de afirmarse la perpetuidad de la raza. Después van despertándose emociones; recuerdos de horas felices, recuerdos de días gloriosos. El espíritu de la Patria surge; van quedando más hondas las raíces y elevándose más aéreo el ramaje, y en la rama hay flor, y en la flor aroma. La

Patria va teniendo conciencia y se constituye como Estado, que es ya la Patria inteligente. La raza aspira á realizar el bien, la justicia. A la venganza se sobrepone la ley y á la ley el perdón, que es tal vez la más segura justicia. Por el amor á la Patria comprende el hombre como debe respetarse la Patria de otros hombres; como por el amor á sus hijos comprendió cómo era respetable el amor de otros hombres á los suyos. También en otras Patrias hay campos labrados con pena, y hay hogares de amor, y en torno abuelos y nietecitos, y recuerdos de días felices y gloriosos, y tierra que cubre los restos de muertos llorados. Y la simpatía va de unas Patrias á otras, y contra el combate injusto la conciencia universal protesta como contra una lucha fratricida. No es decir que toda guerra sea injusta. Hay guerras inevitables; cuando una nación, un Estado constituido, olvida, egoísta, las relaciones de amor y de justicia con otros Estados; cuando un pueblo bárbaro, todavía de instinto, opone tenaz resistencia al avance de la civilización, precisa es la guerra, como es preciso limpiar de salteadores los caminos. Si por

ambición personal de un tirano, como Napoleón; si por codicias de una oligarquía; si por intereses egoístas de un pueblo entero el camino de la civilización se dificulta, deber es de las naciones inteligentes, de las que no descendieron de su elevación espiritual, combatir contra los merodeadores. La guerra entonces es justa y es legítima, como lo fué nuestra guerra de la Independencia, hoy conmemorada entre vosotros en una de sus más gloriosas y decisivas batallas, en que la conciencia de tres nobles pueblos se unió contra el instinto de un gran ambicioso, de quién apenas desaparecido, ya preguntaba el poeta: «Fu vera gloria, Ai posteri l'ardua sentenza». La posteridad ha sentenciado. Todos los arcos triunfales, todas las columnas, todos los monumentos alzados en su honor por el pueblo cuyo nombre usurpó para imponer sus ambiciones personales como aspiración nacional, no hablan tan alto de justicia como cualquiera de esos humildes campos aldeanos, cuyos terruños, nutridos con la sangre de sus labriegos, que supieron morir gloriosos sobre la misma tierra que cultivaron humildes, levantan las

espigas de sus mieses, como si protestaran de haber sido pisoteados por el extranjero. Extranjero de espíritu, que extranjeros eran también por la Patria y no lo fueron al pelear con nosotros en nombre de la justicia y del Derecho atropellados, los nobles ejércitos de Inglaterra y de Portugal que en España y por España combatieron. Si necesaria es en ocasiones semejantes la solidaridad de naciones alejadas por la distancia, unidas sólo por el sentimiento, ¿qué debemos pensar de esas demencias separatistas que pretenden la desunión en un Estado inteligente para volver á la Patria primitiva del instinto? ¿Empequeñecer la Patria que antes debe tener por aspiración constante destruir fronteras por el amor, que levantarlas por el odio? Si una Patria se perdiera y hasta el recuerdo de todas sus tradiciones y todas sus glorias, por realizar mejor la justicia al fundirse con otras naciones, para constituir un Estado más perfecto, más apto para realizar la justicia... bien perdida estaría; nunca había realizado mejor el destino de su eternidad. ¿Y qué decir de esos que en nombre de la Patria son constantes perturbado-

res del Estado? ¿Qué les impide aportar su concurso inteligente á mejorar lo que sólo por solicitud amorosa de todos llegará á ser perfecto? ¡Ah, no están conformes con la forma de gobierno! ¿La forma? ¿No les dice bastante esta palabra? ¿Hay alguna forma de Gobierno en los pueblos modernos civilizados que se oponga á la realización de los más altos ideales de justicia? Todo será saber imponerlos y por el odio nada se impone. ¡Ah, cuantas de esas brillantes inteligencias servirían mejor á la Patria trabajando más por ideales de fondo que por ideales de forma! ¿Qué importa el metro en que se versifica si la poesía es buena? Cuánto mejor fuera que muchos de esos halagadores de instintos despertaran inteligencias dormidas, y mejor que á prometer bienaventuranzas que ellos son los primeros en saber que no consisten en cambiar de régimen, en vez de decir al pueblo mentiras de la República fueran á los palacios á decir á los Reyes, cara á cara, sin grosería pero con entereza, verdades de la Monarquía... ¡Ah, ese amor á la Patria que lo pide todo de los demás y nada ofrece por cuenta pro-

pia! El que no lee, pide que se estudie; el holgazán, que se trabaje; el falsificador, que no se engañe. El padre que no supo educar á sus hijos, se lamenta de la falta de escuelas. No: en la escuela, en la Universidad, ilustran los maestros, los libros. Educar sólo educan los padres. Y no con palabras que se contradicen después en las acciones, sino con ejemplos. Por eso son tantos los padres que dicen: Que vayan al colegio estos chicos, hay que educarlos. Saben que ellos no los educarían nunca. Y cuando no se educa á la Patria en nuestros hijos, cuando nada hacemos por ella en nuestra propia casa, queremos que los gobiernos trabajen por los que no trabajan, estudien por los que no estudian, piensen por los que nunca pensaron, tengan una conciencia que nadie tiene. Nadie barre la puerta de su casa y nos quejamos de que la calle esté sucia. Pedimos gobiernos inteligentes. ¡Felices los pueblos que pueden ser gobernados por tontos! Y ahora, ved otra grave falta de educación. Si preguntáis al pueblo para qué sirve el Ejército, os dirá: para hacer la guerra. Así lo aprendió, así se lo dijeron. No fuera

mejor decirle: el Ejército sirve para mantener la paz. El Ejército es la fuerza, sí, pero es la fuerza á la orden de la razón y de la justicia. No es amenaza, es seguridad. Si le juzgáis improductivo en su acción, no veis que es todo vigilancia y la vigilancia no es nunca ociosa aunque parezca improductiva. La espada del Ejército, como la espada de la justicia, vela sobre vuestros campos, sobre vuestros talleres, sobre vuestros amores y vuestros ideales; sobre las codicias de fuera y las traiciones de dentro. Desconfiad de los que dicen: ¿para qué tanta fuerza, para qué tantas precauciones? El que nada intenta contra la seguridad de un domicilio, no se ofende si al llamar á la puerta observa que le miran por el ventanillo. Sólo á la gente maleante le parece que sobra la policía. Hasta del cielo cristiano, mansión de amor, donde la fe del creyente ó la imaginación del poeta asientan todos los ideales de perfección, se dice que hay milicias celestiales. Hasta la justicia y el amor divino afirman el santo temor de Dios entre espadas flamígeras de arcángeles. Aun no ha llegado el día en que la inteligencia sea tan natural en

los hombres como el instinto, cuando todo instinto animal se haya espiritualizado en la conciencia de nuestra eternidad. La fe religiosa del hombre es también instinto al despertar. Es anhelo angustioso de no morir para siempre. El hombre mira dentro de sí y halla una vida interior que es algo que no palpan sus manos, ni ven sus ojos: es el pensamiento que vive en todo él y no está en parte alguna de su cuerpo. No es el latir de su corazón, ni es el golpear de su cerebro, es algo sutil, algo impalpable. Cierra los ojos, y le parece que ha muerto al cerrarlos á la visión de cuanto le rodea y su pensamiento vive todavía, dormido sueña... No hay duda, el pensamiento es la parte inmortal de su ser. Morirá, pero seguirá pensando siempre. Y su pensamiento sueña con una eternidad de vida. Vivirá eternamente, pero ¿dónde vivirá? Y sus ojos entonces se vuelven adonde el horizonte es limitado, al misterio insondable de los cielos donde todo habla eternidad. Y allí va su esperanza y allí pone su fe. Después, aquel cielo ignorado va poblándose de imágenes ideales. Primero, para el hombre de instinto, hay un

Dios de venganza; después es un Dios de justicia, después un Dios de misericordia, un Dios que por amor se hace hombre y siendo todo sabiduría y todo poder, no quiere juzgar á los hombres sin haber padecido todo el dolor de la humanidad. Y padece como si no supiera, Él, que todo lo sabe, que es un Dios quien padece y puede sobreponerse al dolor. ¡ Hermosa verdad para el creyente! ¡ Hermoso símbolo de la verdad para los descreídos! Al expirar en la cruz, al gemir como una pobre criatura humana, ¡ Padre mío! ¿por qué me has abandonado? Habrá quien dude de que Dios pudiera nunca hacerse hombre; no habrá quien dude de que en aquel instante, crucificado por amor á todos los dolores de la carne y á todas las tristezas del alma, el hombre se hizo Dios. Y nunca alboró la aurora del espíritu como al morir un Dios crucificado, señalando á los hombres el camino de nuestra redención y nuestra eternidad. Poetas, reina, damas gentiles, señores todos: vuestro corazón sea conmigo, el mío es con vosotros. Nada más.

XL ⁽¹⁾

Mi vida de autor dramático no podrá recordarse sin recordar á Rosario Pino, la intérprete ideal de tantas comedias mías cuando mis comedias no le gustaban á nadie más que á mí, al contrario de lo que ahora sucede, que á muchos les gustan y á mí no me gustan nada. Y yo estoy más triste ahora, que no puedo estar conforme con el aplauso, que entonces cuando no sabía estar conforme con las censuras.

Sé que al despedirse Rosario Pino muchas obras mías se despiden también; pero no seré yo, por eso, quien entristezca esta despedida. ¡ Despedirnos, caminar, alejarnos... morir... olvidar al fin, que es verdadera muerte...! Todo es lo mismo, todo es la vida... y hay que afrontarlo cara á cara...

Si fuimos siquiera, ya que no luz de astro esplendoroso, amable luz de lámpara familiar; si por algún alma pasamos como una

(1) Leído en la función de despedida de Rosario Pino.

caricia; si supimos avivar á nuestro paso la simpatía de otros corazones, capaces de sentir como propios toda alegría y toda tristeza humanas... al alejarnos—despedida ó muerte—y sustituir la presencia con el recuerdo, será como purificarnos, será como desmaterializarnos, será un resplandor sin llamarada, será como una diafanidad de gloria... Lo mejor de nuestra vida está en el corazón de los que nos aman. Para el artista el amor es la admiración, que, como dijo Shelley, la gloria es amor disfrazado... Por eso sólo puede decirse que se van ó que mueren los que no supieron hacerse amar.

La dulce voz será silencio. Pero ¿qué música valdrá lo que el recuerdo de esa voz en nuestras almas? No seré yo quien le salga á usted al paso para decirle: No nos deje, que el callar de su voz es como si algo también enmudeciera en nosotros... No; que aquí, en nuestro corazón, queda para siempre y bastará poner atento el oído al corazón para escucharla, como al acercar un caracol nos parece oír como recogidos en sus repligues de nácar el oleaje del mar lejano...

No seamos egoístas en nuestra admiración... De una insigne actriz francesa se cuenta que en triunfo de teatro exclamaba: ¡Bien me pueden aplaudir; les doy mi vida! Usted nos ha dado lo mejor de su vida; justo es que nuestra admiración le consienta á usted descanso.

El público no ve, no sabe que cuando á él llega una ráfaga de arte puro, esa ráfaga... presupone una tempestad en el alma del artista, como el aire apacible que refresca un día ardoroso nos llega tal vez de un vendaval remoto que fué desolación y espanto...

Para el artista son las lágrimas crueles, para el espectador las dulces lágrimas. Amor y gratitud para el artista que da por bien pagadas sus tristezas más hondas con vuestro aplauso.

Rosario Pino no podrá olvidar nunca los aplausos de este público suyo: su recuerdo será quizás toda su alegría en el descanso buscado... No olvidéis vosotros pronto á la que supo haceros olvidar tantas veces las emociones penosas de la vida con la elevada emoción de su arte.